



WILLIAM DARÍO MEJÍA

Profesor y escritor dominicano nacido en San José de Ocoa, en 1950. Es autor del volumen de cuentos titulado *El taladro del tiempo* (1984) y de la versión final del cuento "La novia del pececito", relato tomado de la tradición oral dominicana, que se publicó en la antología *Cuentos de animales fantásticos para niños* (Coedición Latinoamericana 1984).

La novia del pececito

Blanca despertó temprano esa mañana. Tenía que hacer la faena¹ de todos los días: barrer la casa y los patios, ir al arroyo a lavar, cargar agua, cocinar y fregar los trastos.²

Hacía mucho tiempo que Blanca llevaba esta vida tan fatigosa. Su madre murió cuando ella tenía dos años. Su padre se casó de nuevo y la trajo a vivir con su nueva esposa. Ésta, desde el principio, maltrató a la niña sin piedad. Y más tarde se sintió furiosa porque su primera hija no era tan hermosa como la hermana. Ahora Blanca cumplía dieciséis años, y la tristeza se reflejaba en sus ojos amortecidos, al escuchar el cantío de los pájaros silvestres.

—¡Blanca!— llamó la madrastra.

—Mande, señora... —respondió Blanca.

—Si acabó de barrer, vaya al arroyo por agua.

—Sí, señora.

La joven bajó la cabeza humildemente y se fue al arroyo. Al llegar se añaingotó en la orilla del charco y llenó su lata. Las pequeñas ondas que se formaban en el agua, la hicieron distraerse. Su mirada se enturbió y rodaron dos lágrimas. Pero, de repente, hubo un movimiento brusco y algo plateado cruzó el charco velozmente. Blanca botó el agua, y esperó... De nuevo se hizo el movimiento y la muchacha metió el bidón¹ de golpe. Al sacarlo descubrió que adentro había un pez. Este era un verdadero hallazgo, pues en ese arroyo nunca vivieron peces. Lo atrapó con ambas manos, pero coleteó⁴ y estuvo a punto de resbalársele. Ella lo apretó con fuerza y entonces, jadeante⁵, el pez habló:

—¿Por qué no me dejas en libertad, muchacha?

—¡Cómo! —exclamó Blanca—. ¿Hablas? ¿Quién eres?

—Antes, yo no era pez —empezó a decir—, pero por una razón que no tiene caso contar ahora, quedé convertido en lo que ves. Fui muy alegre y siempre procuraba que los demás también lo fueran. Mira, por ejemplo, ya he visto que eres muy triste, y me hubiera gustado hacerte feliz. ¿Te han dicho que eres muy linda?

Blanca, que aún no había escuchado hablar de amor, se ruborizó⁶, y, medio temblorosa, dijo:

¹ *bidón*: recipiente para agua.

—No. No me lo han dicho.

—Pues yo te lo digo. Te pareces a la flor que existe en la profundidad, allí adonde sólo yo puedo entrar... ¿Me sueltas?

—Sí —dijo Blanca—. Pero... ¿Te veré de nuevo?

—Cuando quieras —respondió el pez—. Sólo tienes que llegar, y cantar así: "Aquí estoy, Juino mío; Juino mío, estoy aquí".

Entonces la muchacha echó el pez en el charco y éste se empinó e hizo maromas y galanteos. Luego, se escondió tras la chorrera. Blanca sonrió y suspiró. Enseguida tomó el agua y subió hacia la casa. 7

—¿Por qué tardaste tanto? —preguntó la madrastra.

—Es que..., es que...

Y la madrastra, con los ojos como dos llamaradas, le regañó y la abofeteó.

Pero al otro día, Blanca se levantó más temprano y fue al arroyo.

—¿Pensaste en mí? —le preguntó el pez.

—Sí..., mucho. ¿Y tú?

—No hice otra cosa.

Blanca enrojeció y miró los ojos del pececito. Y sin saber cómo, en sus labios sintió el primer beso de amor.

—¿Qué has hecho? —dijo la muchacha, muy sorprendida.

—Lo que hacen todos los novios...

—¿Novios...?

—Sí, novios. Es muy hermoso.

Sólo atinó a soltar al pececito y, aún nerviosa, se apresuró a llevar el agua. Y, como la vez anterior, la madrastra le preguntó:

—¿Qué té pasó, condenada?

—Es que... señora, el arroyo se está secando y hay que ir más arriba a buscar el agua.

8 frenética la madrastra.

Blanca empezó a llorar y la madrastra le pegó de nuevo, hasta el cansancio.

A pesar de todo, las tardanzas de la muchacha se repitieron. La madrastra lo comunicó al padre y ambos acordaron investigar la causa de tales demoras. Y una mañana enviaron al más pequeño de los hermanos para que la siguiera.

Y ella llegó a la orilla del charco y cantó primorosamente:

—Aquí estoy, Juino mío; Juino mío, estoy aquí.

El pececito salió a la superficie, y se inició el diálogo de siempre, lleno de promesas y juramentos de amor. Después, con el rostro radiante, Blanca vio a su novio sumergirse en el agua, y le cantó:

—Ay, adiós te doy, Juino mío; Juino mío, adiós te doy.

El niño, tan sorprendido como asustado, corrió a contar la nueva a sus padres. Entonces, la madrastra ideó un plan malvado.

Habló con la madrina de la muchacha, para que la invitara a pasarse el domingo en su casa. Blanca quiso rehusar, pero la madrastra se mostró muy complacida, y dijo que sí, que a la ahijada le encantaría. Y Blanca aceptó. Era la primera vez que saldría de paseo. Pero antes fue al arroyo a comunicárselo al novio. Y ambos estuvieron muy contentos.

Al mediodía bajó la familia al arroyo, y el primero en cantar fue el padre:

—Aquí estoy, Juino mío; Juino mío, estoy aquí.

Pero el pececito no salió. Y cantaron la madrastra y tres de los hermanos de Blanca. Y nada. Entonces, el más pequeño se acercó a la orilla y su voz se oyó tierna, muy tierna:

—Aquí estoy, Juino mío; Juino mío, estoy aquí.

Y el pez salió a la superficie más alegre que nunca, momento que aprovechó la madrastra para arrebatarse el machete al marido, y lanzar un golpe sobre el indefenso pececito. Luego otro, y otro. Y cuando el charco se tranquilizó, el pez había desaparecido. Algunas escamas flotaron en el agua, y la mujer rió satisfecha. Los demás bajaron la cabeza entristecidos.

Cuando Blanca regresó en la tarde, la madrastra le ordenó ir por agua al arroyo. La muchacha corrió cuesta abajo; desde antes de llegar, cantaba su melodía:

—Aquí estoy, Juino mío; Juino mío, estoy aquí.

Pero el pececito no apareció. Blanca cantó de nuevo, y tampoco salió. Entonces, se metió en el agua, y cuando ya se hundía, su voz sonó casi ahogada por el llanto:

—¡Ay!, adiós te doy, Juino mío; Juino mío, adiós te doy.

Y desapareció en lo más hondo del charco.

Arriba en la casa, con la demora, se impacientó la familia y bajó en busca de Blanca. Y lo que vieron todos, les dejó boquiabiertos:

En la orilla, hallaron el bidón vacío, y en el charco, dos pececitos plateados hicieron maromas y se escondieron tras la chorrera.

Desde entonces, se ve a la madrastra acechando los movimientos del charco. El marido la abandonó y se llevó los hijos. Y ella, enloquecida, machetea y machetea las entrañas del arroyo.